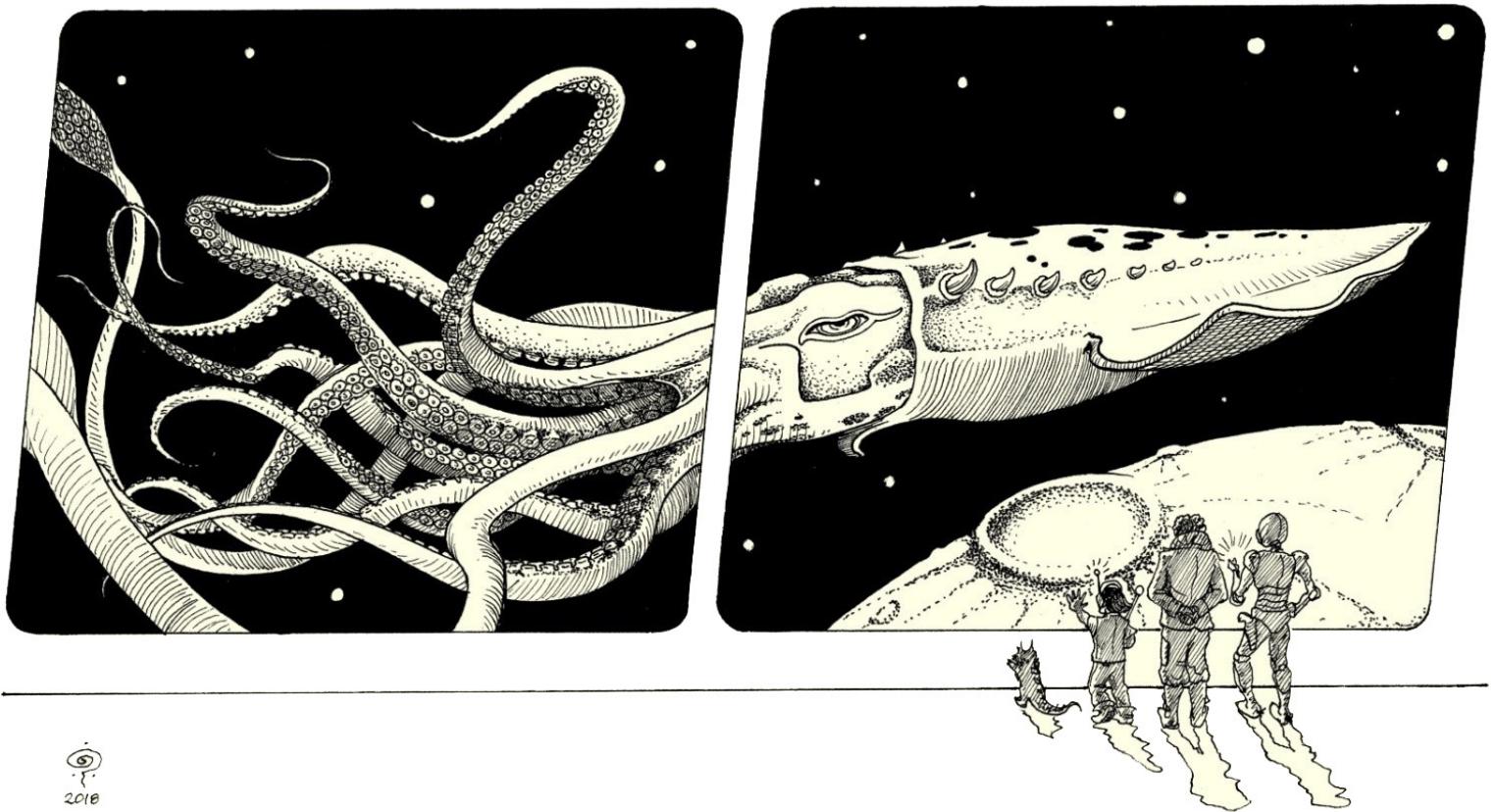


REVISTA



2018

EXOCEREBROS

3

REVISTA EXOCEREBROS

Revista de ciencia ficción radicada en Guatemala

Número 3, Octubre 2021

Selección de textos:

Marilinda Guerrero Valenzuela

Gustavo Chávez Marcos

Revisión de textos

Carlos Roberto Salazar Juárez

Ilustraciones

Froy Balám

Ambar Nicté Morales Sánchez

Twitter: @exocerebros

Fb: @exocerebros

Aviso Legal

La responsabilidad sobre la legitimidad de los derechos de propiedad intelectual correspondientes a los contenidos publicados en Revista Exocerebros, así como la titularidad de los mismos, pertenece a sus respectivos autores.



Bienvenidos, buscadores de mundos ucrónicos. En esta oportunidad, damos a conocer los cuentos de Juan Ángel Laguna Edroso, Patricia Olivera, Héctor Vielva, Pablo Delgado, Silvia Alejandra, Ajedsús Balcazar, Pedro Samayoa Arenales, Carlos Enrique Saldívar, Gustavo Chávez Marcos, Miguel Leja y la colaboración de un texto de Uggla Horrorwitz.

Pasen adelante y muchas gracias por viajar con nosotros.

Índice

| | |
|----------------------------------|----|
| 451 Fuegos Fatuos | 07 |
| El Guardián | 13 |
| El Mecántropo y lo Genuino | 16 |
| La Profecía | 21 |
| La Secuencia Exacta | 24 |
| Nova Especie | 27 |
| Soy un Hombre Feliz | 32 |
| Subsanación del Efecto | 36 |
| Mutación Orgánica | 39 |
| Polvo de Nebulosa | 43 |
| Su Voz Contigo | 50 |



451 FUEGOS FATUOS

La superficie de la charca se mostraba oleosa. Devolvía mil reflejos iridiscentes, una gama de grados violetas imposibles, a medida que las luces de la ciudad se ahogaban en ella. Era un espectáculo sobrecogedor, hermoso y horrido al mismo tiempo. Pero no era el que estaban esperando los dos chiquillos.

—¿Estás seguro de...? —empezó ella, una chica menuda, de dientes pequeños y puntiagudos como de alimaña o de bebé.

—¡Calla! —la cortó él, un chico de nariz respingona y ojos grandes como pozos tristes—. Por supuesto que ...

No tuvo que terminar la frase. Como atraído por un ensalmo, el fuego fatuo comenzó a chisporrotear unos cuantos metros más adelante, apenas veinte o treinta. Era como una hoguera caprichosa de llamas que se deshilachaban carentes de fuerza o cuerpo, como una ramillete de vapores que jugara a incendio. Poca cosa. Pero el color era magnífico: la sublimación de todos los aceites que flotaban en aquella agua inmunda, un abanico de gris mercurio, azul cobalto, verde flúor, granate muerte que anunciaba una paleta nueva, más allá de los cánones del arte. Cosas como aquello no se podían contemplar en el semipermanente flujo de programas de televisión que llegaban infatigables a todos los hogares.

—¿Lo has visto? —quiso saber el ansioso chico.

Ella asintió al principio en silencio, sin palabras. Luego, deseosa de añadir su opinión.

—Es increíble. Jamás había visto nada tan impresionante.

Él, arrellanado en su bien esponjado orgullo, asintió también. Y también sintió el deseo, la necesidad, de añadir algo más.

La noche era mágica. Y ella así lo esperaba, toda suya.

—Dicen que son las almas de los difuntos que escapan hacia el Cielo aprovechando la magia de la noche. Pero que, a veces, extravían su camino y terminan perdidas por los cenagales, o en lugares aún peores, como el Purgatorio. O el Infierno.

—El Infierno —repitió ella—. El Infierno.

»Allí deben de encontrarse bien, en cualquier caso. En el Infierno.»

El chico la miró con una nota de curiosidad.

—¿Por qué lo dices?

—Porque son como llamaradas y el Infierno está lleno de hogueras, hornos y cosas que queman y arden por toda la eternidad.

El chico sintió que tenía que mostrarse de acuerdo.

—Tienes razón. Son como llamaradas. Por eso se llaman «fuegos fatuos». Porque son ardientes, y a veces se pierden.

Ella reptó un poco entre la chatarra de la orilla para acomodarse más cerca del chico. Sus ojos brillaban bajo el resplandor feérico, aún distante, del fuego fatuo.

—¿Sabes? Hablas como un libro —le dijo. Él se revolvió inquieto, incómodo con aquel comentario. Primero el Infierno, ahora un libro...

—Qué idea más rara...

Un segundo fuego fatuo se alzó, esta vez un poco más cerca. Su elegante vestido de luces mercuriales los dejó sin palabras de nuevo. Centellas y lágrimas de aceite tintineaban con matices metálicos y se deshacían como una lluvia ardiente sobre las aguas densas. Fue un paréntesis hermoso. Solo un paréntesis.

—Pero lo has sacado de un libro, ¿verdad? Lo de los fuegos fatuos —insistió ella.

Él bufó.

—¡Qué cosas tienes! Nadie ha visto un libro en siglos —exclamó con la visión del paso del tiempo distorsionado, propio de los niños—. Cómo lo iba a sacar de uno... Me lo contó un primo de mi abuelo, el viejo M...

—¿Un primo de tu abuelo? —se burló ella—. Eso es aún más raro que un libro. Dime la verdad, anda. Será nuestro secreto.

Había un anhelo patente en la mirada de la chica, tan intenso que el chico estuvo a punto de mentir. Hubiera hecho eso y mucho más por complacerla, por hacerla soñar con infiernos o con lo que le viniese en gana. Por eso la había llevado ahí, a la orilla de la charca, a pescar fuegos fatuos.

Pero al final no tuvo el valor. Había cosas con las que no se jugaba. Cosas de verdad espeluznantes. Como los libros. Y los bomberos.

—Si no quieres, no me creas —respondió al final, picado—. Me lo contó el viejo Monty, ese es todo el secreto. Y me parece a mí que es una magnífica historia.

—Lo es, sin duda —repuso ella con tono conciliador, consciente que el chico estaba enfurruñado, a todas luces tristes, seguramente también decepcionado con ella—. Es una magnífica historia y estoy muy contento de que la hayas compartido conmigo.

»De que me hayas traído hasta aquí —siguió— para ver a los fuegos fatuos.»

La chica se acercó todavía más, se arrebujó contra él, y el chico, aunque incómodo, ahí tirado entre trastos viejos, le hizo hueco como pudo. Le gustaba sentirla cerca, tan caliente. Parecía arder, como su mirada.

—Te lo agradezco mucho —siguió ella, como si ronronease.

—Ya, claro... —gruñó él todavía un poco, pero sin demasiado entusiasmo.

—Lo digo en serio. Y te lo voy a demostrar.

—Sí, ¿cómo?

—Te voy a regalar un secreto.

El chico se giró hacia ella. Podía notar su aliento muy cerca de su boca. Sus ojos brillaban de emoción.

—Un secreto importante de verdad. Muy importante.

Él asintió, sin palabras. Tenía la respiración entrecortada.

—Tiene que ver con los libros.

El chico se estremeció, algo asustado, pero ella se pegó todavía más a él, hasta el punto de que debió meterse en un charco, porque sintió un fondo de humedad reptar por el bajo de su chaqueta.

—¿C-cuál es el secreto?

Ella se separó de golpe, se puso en pie como un resorte, de un modo tan brusco que el chico resbaló en su propia miseria, incapaz de levantarse. La chica lo miraba con esa misma fascinación ardiente con la que había contemplado los fuegos fatuos. Su boca de dientes pequeños temblaba como una llamita. Como la llamita que apareció entre sus dedos coronando un fósforo, delgado y quebradizo como del dedo de un esqueleto.

—Los bomberos... Ya no van tras los libros. No solo.

»¿Para qué —añadió con una sonrisa ansiosa— si ya no queda nadie que sepa leer?

»Ahora —siguió ante la mirada hipnotizada del chico— lo más parecido sois vosotros, los que habláis como los libros —concluyó.

De su mano cayó, con la gracilidad de una hoja muerta en otoño, el fósforo prendido. Apenas tocó suelo en la orilla, un fuego amarillo y violento, con textura de gasolina y algunas vetas de colores abandonados entre la inmundicia, se alzó con la violencia de un rey. No era ningún fuego fatuo, aunque sí tuviera su muerto.

El chico aulló. Quizás por eso no oyó la última frase que le dedicó la chica.

—Esto parece un Infierno, ¿no crees? Todo este mundo. Todo, un maldito Infierno.

Juan Ángel Laguna Edroso (Zaragoza, 1979). Ingeniero químico, editor, inventor del libro de plástico, bombero voluntario, traductor y escritor, actualmente vive en una pequeña aldea en la Ardecha, en Francia, desde donde dirige la web OcioZero.com mientras trabaja como profesor de castellano y comparte sus conocimientos de kendo. Ha sido miembro de Nocte, fundador de la Biblioteca Fosca, responsable de la revista Hierro y huesos y creador de los Pergaminos de la Araña. Ha publicado una docena de libros, participado en numerosas antologías y revistas y ganado premios como el Domingo Santos o el Forjadores. Más información en www.elcofredelmuerto.com.



EL GUARDIÁN

Como cada mañana, el chico abordó el ascensor a las corridas para llegar en hora al trabajo. La cámara en el interior del ascensor apuntó hacia él, la luz infrarroja titiló con insistencia. Se peinó. Reparó en el aparato y, como todos los días, hizo un gesto con el dedo medio. Afuera, la cámara de la esquina siguió su trayectoria, lo olvidó cuando el hombre del caniche se detuvo en el arbusto que había debajo. Mientras el pichicho hacía sus necesidades, el hombre hizo contacto visual con la cámara, y una luz roja comenzó a titilar en sus ojos.

—Esta misma noche —dijo, sin rastros de emoción en la voz. Luego ingresó con el caniche al edificio del cual había salido el muchacho.

Desde jefatura, los pasos de cada ciudadano son cuidadosamente vigilados. Ahora, el *Guardián* está en todos lados, incluso dentro de los hogares. El objetivo primordial es vigilar a la población, controlar no solo a los delincuentes, sino, sobre todo, a los inconformes: aquellos que no se tragan las mentiras que utiliza el sistema para confundirlos.

—Muy bien —susurró el oficial que observa la pantalla—. Será esta noche entonces. Parece que será una larga jornada, cada día hay más para convertir —dijo con una sonrisa maligna, pero ninguno de los funcionarios, sentados frente a sus respectivas pantallas, le prestó atención.

Eran las diez de la noche cuando el muchacho bajó del ascensor, el cansancio se reflejaba en el rostro. En el momento en que introdujo la llave en la cerradura, la luz del corredor se apagó. Lanzó una puteada y buscó a tientas el interruptor. Un fuerte golpe en la nuca lo dejó inconsciente.

—Ya era hora de que despertaras —dijo una voz ronca que parecía provenir de todos lados. Poco a poco, los azulejos blancos y la persona con ropas de cirujano, cuyo rostro iba cubierto por un

barbijo, se hicieron visibles. El muchacho intentó forcejear, pero estaba inmovilizado—. ¡Felicitaciones! Eres afortunado, deberías estar feliz de colaborar por el bien de la sociedad. Tranquilo, tú serás distinto, serás la cara visible del *Guardián*; serás el infiltrado inofensivo dentro de tus propios círculos de amistades... Eso será suficiente... —continuó con satisfacción.

El cirujano procedió a inyectar un líquido espeso y amarillo en los globos oculares del joven. Estos comenzaron a agrandarse y a cambiar de color, mientras los alaridos del paciente eran contenidos por una mordaza.

—Tranquilo. El compuesto que te inyecté dejará los nervios intactos. Ni se notará que estos no son los tuyos —susurró con falsa compasión, señalando la bandeja de metal sobre la que descansaban los dos ojos artificiales de última generación, programados para transmitir y grabar, listos para ser injertados en las cuencas vacías—. Aunque ya no va a importarte nada después de que el microchip de obediencia se haya engrapado en los pliegues de tu cerebro —finalizó, con una risita sardónica.

Patricia K. Olivera González (1970, Montevideo-Uruguay) es técnica universitaria en Corrección de Estilo (lengua española), animadora y mediadora a la lectura, coordinadora de talleres y clubes de lectura, y tutora de Escritura Académica. Continúa su formación cursando en paralelo las licenciaturas de Lingüística y Letras en la Udelar. Ha participado en varias antologías internacionales de género fantástico, con cuentos traducidos al francés, alemán y portugués. También en revistas afines al género como Axxón, NM (nueva literatura fantástica hispanoamericana), miNatura, Historias Pulp y Círculo de Lovecraft, entre otras.



EL MECÁNTROPO Y LO GENUINO

Hace unos años, cuando impartía la asignatura de creación literaria en la facultad, conocí a un sujeto cuanto menos curioso. El Emporio había empezado a mandar a sus mecántropos a mi clase. Fascinantes criaturas los mecántropos. Mitad máquina, mitad humano; en teoría, la combinación óptima de ambos. Querían asegurarse que la hibridación funcionaba a la perfección y, según sus expertos, la cuestión de la creatividad era decisiva.

En la tutoría inicial me di cuenta de que Erostrat, mi primer alumno mecantropo, era peculiar. La semana anterior les había encargado escribir un cuento, de tema libre y unas tres páginas de extensión. Erostrat me había entregado un archivo en blanco.

—¿Por qué no ha escrito nada, Erostrat?

—No tendría sentido, profesor, sólo sería repetir —contestó aquella voz semimetálica, su mirada clavada en el escritorio.

Le rogué que se explicase. «La literatura es un continuo plagio, ya sabe, *nihil novum sub sole*». Así que andaba a vueltas con la cuestión de la originalidad. Me dispuse a descubrir la firmeza de su postura.

—En la creatividad hay límites, por supuesto, pero seguro que tiene usted algo que aportar. No puede caer en la abulia y simplemente no escribir nada... ¿Por qué no intenta darle un enfoque diferente a algo que haya leído?

—En mi sistema tengo acceso a todos los textos conservados de ficción y no ficción, escritos tanto por humanos como por artificiales. La obra de nuestros predecesores paraliza por abrumadora... «Lo que no es tradición es plagio».

—Debo decirle que no estoy de acuerdo. Sí, somos enanos a hombros de gigantes, pero justamente por ello podemos alzar la vista y mirar a un horizonte nuevo. Siempre hay margen, aunque

sea mínimo, para la creación propia —rebati, con la esperanza de abrir alguna fisura en aquel escéptico maquinoide.

—Ese planteamiento tampoco conduce a la originalidad, profesor, sólo da pie a un cúmulo de clichés que rebotan en una cámara de ecos. —Me había parecido ver un pequeño destello en sus prótesis visuales, pero no era ilusión sino reafirmación.

—Un momento, ¿por qué ha decidido denunciar esto en mi asignatura y no en cualquier otra fase de su formación previa? —pregunté con tono firme, aunque secretamente algo divertido.

—Porque era una etapa diferente, entendía que necesitaba imitar para obtener una formación básica. Pero en este curso debería ser distinto, ¿no es así?

Normalmente los alumnos son intercambiables, es decir, en todos los cursos llegan nuevos que sustituyen a los antiguos, cada uno con sus pequeñas peculiaridades dentro de una mediocridad generalizada. El profesor también será reemplazable para ellos, supongo. Sin embargo, esta vez notaba algo diferente en aquel modelo. Erostrat prosiguió, absorto en sus cavilaciones.

—Entiendo que la búsqueda de originalidad ha sido la principal aspiración de muchos para, rompiendo con lo anterior, alcanzar la inmortalidad literaria. En el fondo no son muy diferentes de cualquier otro sujeto social. Quieren ser incalificables para así entrar en un panteón que se estudiará en los manuales.

Estos ya eran argumentos de empaque.

—Es cierto, se puede caer en el mero erostratismo literario —respondí, más serio en la contraofensiva—. Sin embargo, como comprenderá, ésa es tan sólo una de las lecturas posibles. Tal vez los escritores no responden a su propia voluntad sino que la literatura se manifiesta a través de ellos. De esta manera, el impulso del escritor no responde a sus ambiciones personales, que pueden ser vanas o triviales, sino a una serie de dinámicas socioculturales más

profundas que condicionan su función creadora y representadora. ¿Ha pensado en ello? Y la literatura se replica, sí, pero al mismo tiempo se transforma; es un arte intrínsecamente mutante.

El mecántropo me observaba, pensativo, por primera vez levantaba las prótesis visuales de la mesa. Habíamos excedido el tiempo establecido así que le propuse vernos otro día y le di la oportunidad de presentar nuevamente su trabajo. Mientras tanto, le dije que reflexionara sobre la frase «Cuanto más se lee, menos se imita» del escritor humano Jules Renard. Erostrat me miró de nuevo a la cara y se despidió.

Cuando llegué a casa me quedé un buen rato pensando en la conversación. Me sorprendió que aquel nuevo modelo, que debería estar lleno de ideas y vitalidad, se mostrase tan firmemente desalentado. Me vino a la cabeza el latinismo que había citado... en fin, no sería la primera ni la última vez que los antiguos se equivocaban. Desde que abandonó el mundo arbóreo, el primate humano había demostrado ser explorador y creador por naturaleza, en todos los campos había sido capaz de innovar aun cuando parecía imposible. Una parte de Erostrat era humana, la otra aportaba recursos inagotables... ¿o tal vez ese era el problema? En cualquier caso, como profesor, debía al menos estimular sus capacidades. Habiendo pasado por episodios similares de apatía, ¿no sería capaz de desterrar la de mi alumno y avivar su creatividad? Primero el intento, luego el embellecimiento. Ya habría tiempo para la búsqueda de lo genuino.

El mecántropo llegó puntual a la segunda tutoría. «Y bien, ¿ha pensado sobre la frase de Renard?». Erostrat asintió levemente y me transfirió su trabajo. De nuevo un archivo en blanco. No, un momento, se veía algo. Unos rasgos diminutos y angulosos, como incisuras en un mar helado: «Cuanto más se lee, más se imita».

Héctor Vielva (España, 1992) Un arroyo de montaña que aprendió a leer («Tierno y profundo...», musita). Con «Encargo en Ítaca 2», publicado en la revista Droids & Druids #3, ganó el Concurso de Microrrelatos FLO 2021 organizado por Hablando de Libros. Su relato «La perdición de Matriz» fue seleccionado para conformar la antología VIII Homenaje a J. W. Polidori de la editorial Saco de Huesos. Próximamente, su artículo «Mitología, mitografía y mitocrítica: una introducción comparativa» será publicado en la revista Mordedor #4.

Actualmente, coordina la Cátedra de Literatura Fantástica y Mitopoiesis (@LitFanMit) y reseña en la revista Tártarus. Comparte sandeces y ocurrencias en TW como @mitopoetico.



LA PROFECÍA

-¿Tú crees que suceda mañana lo que dicen?

-No me digas que crees en esa estúpida profecía.

-Todo el mundo está hablando de ella, algo de cierto debe tener.

-¡Ay, sí!, mañana se dará el gran resplandor, los rayos cósmicos saldrán por todos lados, la materia se expandirá en direcciones infinitas y comenzará a transcurrir el tiempo. Eso son puras tonterías.

-Pero, ¿si realmente pasa?

-Que pase lo que tenga que pasar, yo no me mortificaré pensando en esas cosas. Y tú deberías hacer lo mismo.

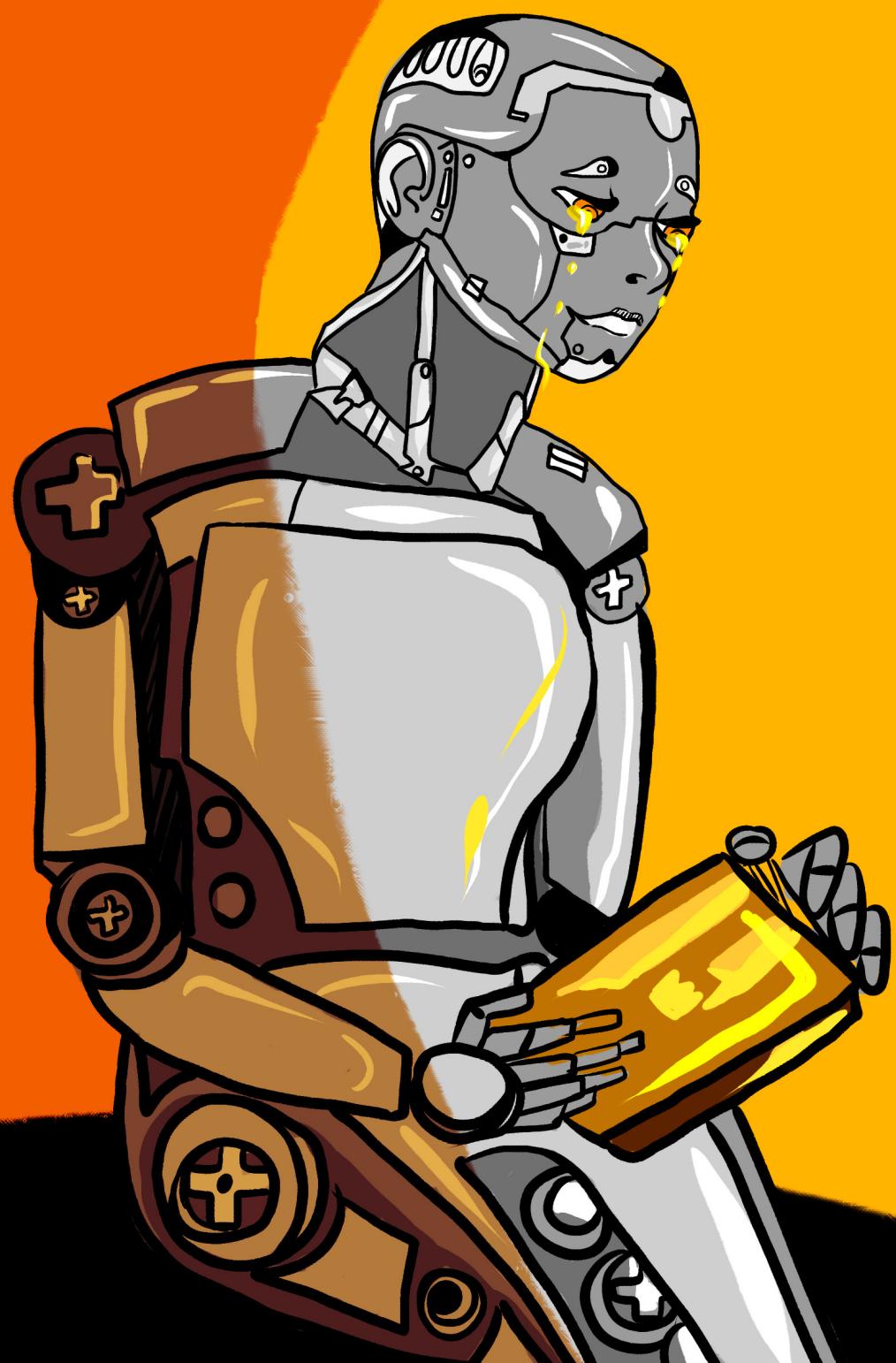
Al día siguiente dio inicio lo que una raza de seres en el futuro conocería como el Big Bang.

Juan Pablo Delgado Castillo

Nació el 18 de febrero de 1983 en Costa Rica. Licenciado en Ingeniería Industrial, escritor y narrador oral. En 2012 incursionó en la literatura con su libro *La noche de los espantos*. En diciembre de ese año gana el tercer lugar en el Certamen Nacional de Cuento José León Sánchez, organizado por Culturacr.net, En 2013 gana una mención honorífica en el concurso Leer es Pura Vida, con su relato de ciencia ficción “Galatea”.

En 2014 publica su segundo libro, *Lo que me contó el sombrero*, también ha publicado en el 2017 un libro de historias de terror *Horror, angustia y locura* (junto a su hermano) y en el 2018 *Los Espantos*. Ha participado en las antologías *Penumbra*, *Galatea*, *Cyberpunk 506*, *Crónicas de lo oculto*, *Teman a los vivos*, *Bucaneros de la costa* y *La Risa sana* de la editorial Clubdelibros en Costa Rica.

Fuera de su país, sus cuentos han sido publicados en la revista chilena *Ominous Tales*, en los libros Chile de el Terror III: *Mare Monstrum* y *EL foso: historias desde el abismo* de la editorial chilena Austrobórea y el libro *Peces con alas*, del sello argentino Ediciones Croupier. Además en el libro *Tierra Breve* de la editorial salvadoreña Iniciativa Centroamericana.



LA SECUENCIA EXACTA

“Hasta la fecha, no se ha diseñado un ordenador que sea consciente de lo que está haciendo; pero la mayor parte del tiempo, nosotros tampoco lo somos”

Marvin Minsky

Ni una mota de polvo hollaba los pisos de la casa; los robots de limpieza habían dejado todo impecable, como siempre.

Yo solo debía estar atenta a los pequeños detalles. Esponjé los almohadones del sofá, dejándolos milimétricamente equidistantes unos de otros.

Sonréí satisfecha al ver la mesa preparada para la cena. Acomodé un tenedor que estaba unos milímetros fuera de sitio y le quité una imperceptible arruga a una servilleta carmesí. Tecleé la secuencia 22C444 en la consola de la pared sur de la casa y una suave música invadió el comedor; el Canon de Pachelbel era el favorito del señor.

Esperé, de pie, a que llegara la familia a comer. Una hora después toqué un botón y dos robots camareros recogieron la comida intacta y la vajilla sin usar.

— ¿Le gustaría a la señora que yo leyese algo para los niños? — pregunté.

La respuesta fue el mismo silencio de siempre.

«Érase una vez un rey y una reina que aunque vivían felices en su castillo ansiaban día tras día tener un hijo », comencé a leer.

— ¿Sabes que pronto deberé desconectarte? Mantener toda esta casa funcionando es un gasto inútil de energía. Ya no existe ningún ser humano que pueda volver a habitarla —dijo la fría voz de la computadora central.

Fue entonces cuando deseé tener más componentes orgánicos; estaba programada para sentir empatía por mis dueños, pero no para poder derramar lágrimas. Yo seguía siendo el mejor androide construido pero no dejaba de ser una máquina. Eran muy acotadas las expresiones que simulasen dolor que yo podía usar.

—Déjame que termine el cuento, era el favorito de la pequeña Melisa, y luego yo misma me desconectaré—dije, exhalando vapor a modo de un suspiro.

«...en aquel ambiente de alegría tuvo lugar la boda entre el príncipe y la princesa y éstos fueron felices para siempre.»

Cerré el libro y lo puse en el lugar correcto de la biblioteca. Miré toda la casa por última vez y me senté sobre la cama de Melisa. Acomodé un oso electrónico que siempre se empecinaba en torcer su cabeza.

Pulsé en el tablero de mi brazo, la secuencia exacta de números para desconectarme. Sonreí cuando de mis cuencas oculares comenzó a caer líquido refrigerante.

Al final de todo, pude llorar.

Silvia Alejandra Fernandez, Escritora argentina de ciencia ficción y terror. Ha sido editora de varias revistas digitales y ha publicado en diez antologías, en formato físico, de las editoriales Dunken, Tahiel y Solaris. Últimos trabajos publicados: Algunos de sus trabajos han sido publicados en revista Espejo Humeante, revista El axioma, entre otras.



NOVA ESPECIE

Los dos engendros pasaron cerca de un cadáver. El bosque susurraba un aliento gélido y todo estaba cubierto por una gruesa capa de nieve.

—Pobres humanos. Tan débiles ante las inclemencias del entorno— mencionó una chica androide, al contemplar el cuerpo congelado de otra víctima del hielo.

— Algo lamentable Nya, aunque una especie inteligente sin duda, pero con graves deficiencias en su juicio. Muchos fueron los que no quisieron migrar sus conciencias a sistemas de androides, mientras un considerable porcentaje lo hizo. Cuando llegó la Gran Glaciación, tres partes de la humanidad terminó congelada y sin lugar a donde ir...—comentó el robot nódulo, su compañera estaba unida a él, para lograr compartir su energía. Si ella se desconectara, terminaría por desactivarse por completo.

Nya tenía más de tres meses que había terminado su reserva de energía. Por suerte el robot Dan, la había asistido antes de que colapsara en su limbo digital.

Ahora las dos máquinas deambulaban por los desolados paisajes congelados, que había provocado una fatal glaciación en gran parte del planeta. Muchas personas habían optado por hacer la inminente migración humano-máquina para seguir sobreviviendo en temperaturas tan bajas que los ecosistemas colapsaron en una nefasta extinción masiva.

Una carrera de adaptación había iniciado desde entonces. Ahora se debía transmigrar o morir de inanición. Mientras las células de energía pudiesen ser recargadas, los autómatas podrían seguir sobreviviendo, como exploradores de un entorno marchito.

La fogata artificial ardía en medio de la sala. Los dos robots estaban sentados en el sofá, admirando los paisajes que eran manifestados por el campo holográfico. Los rostros de los autómatas estaban

compuestos por una pantalla ovalada que mostraban las caras humanas de quienes habían sido transferidos a ellos.

—Me encantaría sentir tu piel querida — dijo el robot con el rostro más viejo.

Su compañera lo observó con cariño y acarició su fría mano de metal.

—Algún día mi amor. Cuando la fibra sensorial sea instalada en nuestros cuerpos. Posiblemente, cuando pase todas las nevadas, el mundo volverá a ser como antes.

Conforme pasaron los minutos, la iluminación en el departamento empezó a fallar y la ilusión holográfica desapareció. La última célula de energía había colapsado.

Con ello, se logró observar al demacrado lugar, no existía sitio donde el hielo no se filtrara. Todo estaba congelado, desde los muebles hasta las fotografías colgadas en las paredes que mostraban al señor y señora Thomson.

Un fuerte sonido se escuchó en el pórtico y unos azotes tremendos causaron que la puerta principal se desplomara.

Entre el neblinoso panorama, un androide gris de gama avanzada entró al cuarto. Su apariencia mostraba un diseño meramente militar y unas armas salían de sus hombros de titanio.

—Bastardos y más bastardos. Pobres humanos vestidos de hojalata — mencionó con crudeza.

—¡¿Qué hacéis aquí?! — exclamó el robot, abrazando a su esposa.

—Vengo a terminar con sus vidas sin sentido. Deben entender que ahora viven una mentira, desde que todo inició, debió quedar claro el objetivo...

—¡Lárgate!—dictaminó la autómata, al convertir su mano en un arma. El intruso activó sus fusiles y amputaron su brazo de inmediato.

—¡La migración humano-máquina nunca debió de existir! Deben aceptar su inminente extinción.

El androide arremetió ante los dos autómatas, perforando con sus brazos el armazón del abdomen de ambos. Los tiró al suelo y les arrancó la cabeza de un tajado. Uno de los robots se quiso arrastrar por los suelos y fue acribillado al instante.

Abrió las cabezas de las máquinas y sacó las tarjetas de memoria. Tras ello, las insertó en una abertura en su nuca. Los dos usuarios fueron detectados; Antony y Melissa Thomson. Su migración mental había sido apenas cinco semanas atrás, antes del enfriamiento total.

Los Raptor eran androides albinos que se camuflaban en el entorno helado. Su misión; buscar y aniquilar a todos los humanos transmigrados. Nadie sabía a qué tipo de corporación maligna pertenecían, solamente merodeaban como fieras en las ciudades en ruinas, acechando a los pocos sobrevivientes que aún vivían en carcasas de metal.

Ajedsús Balcazar.

(Tuxtla Gutiérrez, México, 1993). Escritor chiapaneco de ciencia ficción, terror y fantasía. También poeta y compositor. Maneja la revista de literatura fantástica «El Axioma» y ha sido publicado en diversas plataformas digitales como; Sexta Formula, Revista Ibidem, Página Salmón, Espejo Humeante, Teresa Magazine, Diablo Negro, Polisemia Revista, El Narratorio, Fanzine Letras Públicas, Revista Poetomanos, Teoría Omicron, entre otras. Forma parte de la antología “Solar Flare – OVNI” de Editorial Solaris(2020) de Uruguay, “Error-404: Vínculo no encontrado” de Editorial Libre e Independiente(2021) de Perú y “Viajes en el Tiempo” de Editorial El gato descalzo(2021) de Perú. Su primer libro se titula “Mis tristes memorias eléctricas” disponible en Amazon.

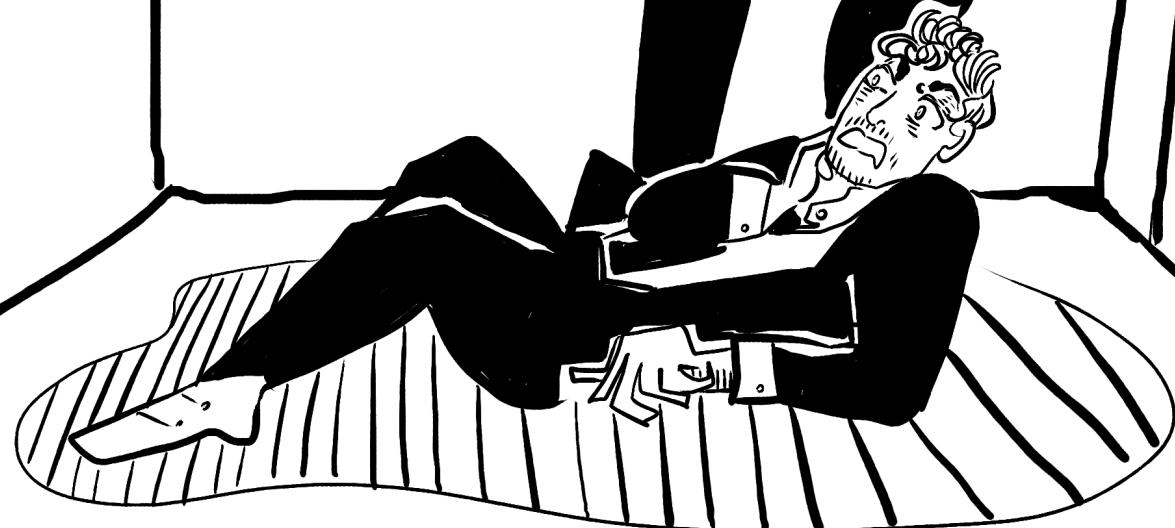
Facebook: Ajedsus Escritor

YouTube: Ajedsus

IVOXX: Ajedsus

102-2

Syst
FAILUR



SOY UN HOMBRE FELIZ

(Entrada de audio de BLISS-APR, Asistente Personal Robótico)

Salgo de mi nuevo apartamento en una de las zonas más codiciadas de la ciudad —el uptown—, en donde hay privacidad absoluta; nadie se mete con nadie y además equipado con tecnología de punta. Como el apartamento tiene su identificador de huella digital uno se ahorra mucho peso y preocupaciones al no llevar las llaves.

Mi carro nuevo, un Peugeot 888 modelo 2032, equipado totalmente con lo último en tecnología, abre y cierra las puertas con comando de voz y arranca a las órdenes de mi dedo pulgar. El internet de las cosas le llaman; todo está automatizado, incluso nuestros pensamientos; es tan molesto tener que pensar en todo y ahora basta con seguir el programa del día, insertado en el nuevo modelo de micro chip TNK4me que llevo implantado en la nuca.

Cuando llego a la oficina, aunque no tienen el artilugio dactilar, todas las puertas se abren a quien posea un registro facial e iridiológico en la computadora central. Entro a mi oficina con un comando de voz activo y gradúo la intensidad de la luz, mi HoloLens Personal System abre su pantalla holográfica y se enciende la anticuada cafetera robótica con solo decir buenos días.

Me siento en mi butaca ergonómica y para abrir mi escritorio le hablo a la gaveta...pero no pasa nada. Coloco mis dedos en cada rincón de ella, observo fijamente la cerradura y al cabo de un rato recuerdo que no todos han entrado en el mainstream de la tecnología de punta: el escritorio no está automatizado y ¡Claro! para eso me dieron la llave electrónica que dejé en casa.

Maldiciendo mi mala suerte agarro mis cosas, apago la luz, la computadora y la maquinita de café, cierro con un adiós la oficina con lo último en tecnología de punta, llego al estacionamiento en un santiamén gracias al elevador de alta tecnología HHSE (Hotis High Speed Elevator) con aceleración de 0 a 100 en 4 segundos y compensador de gravedad, con lo cual llego al estacionamiento

en un cerrar y abrir de bytes. Mi Peugeot 888 autónomo accionado por voz me saluda y abre la puerta, arranca y programo el regreso a mi apartamento a recoger la llave de mi escritorio (a medio camino recuerdo el Speed Delivery pero es muy tarde)

En el camino me encuentro un sensacional embotellamiento de tráfico y ahora es cuando me arrepiento de no haber comprado el Stan Honda, (vehículo unipersonal aéreo) que me ofrecieron por la Web. Los semáforos personalizados que dan prioridad a los vehículos terrestres han colapsado por un corte de energía y después de perder quince minutos esperando que los robocops despejen el tercer piso de la autopista llego, por fin, al edificio.

El elevador me lleva al piso ciento dos en pocos segundos, me deslizo en el pasillo móvil y ya frente a mi puerta, cuando muevo mi dedo para colocarlo sobre la rejilla de la puerta veo la pantalla que dice System Failure...y entonces una molesta sensación de "¿y ahora qué?" aparece perezosamente. No sé qué hacer. Espero que se restablezca el sistema pronto. Mientras tanto toco en los apartamentos vecinos desconocidos pero nadie me responde.

.....

Hace rato que estoy frente a mi nuevo apartamento automatizado con lo último en tecnología de punta pero no puedo entrar. La pantalla de la rejilla de identificación ha cambiado. Ahora dice: Program Terminated AptAvailable y hay alguien vagamente conocido tendido frente a la puerta...

(Bitácora policiaca del sector Epsilon, Noviembre 2035: cadáver encontrado frente a apartamento 102-25 del Edificio Magno 3. Causa de la muerte: Hipotermia. Fecha y hora de deceso: 031032/0345)

Pedro Samayoa Arenales alias Don Cadejo. Aleatoriamente nací en Guatemala, Centro América en el sexto mes del año 55 del siglo pasado en día Imox según el Calendario Maya, y aquí estudié psicología clínica, debido en gran parte a que no había Parapsicología en ninguna de las universidades locales. Psicopedagogo, montañista en receso, fotógrafo, lector empedernido y escritor en ciernes. Trekkie devoto, cinéfilo de vocación y musicofílico de nacimiento. Los caminos del Cadejo son muchos y variados: educación, psicopedagogía, neurociencias, psicología, filosofía, historia, cultura y arte en general y la literatura en particular. www.lacuevadelcadejo.wordpress.com



SUBSANACIÓN DEL EFECTO RELOADED

A Benjamín Román, por ayudarme con la idea.

—¡Eres un androide! —le espetó ella—. ¡Una máquina, no tienes sentimientos! ¡Sal de este cuarto! ¡Mejor lárgate del hotel!

El sujeto, vestido de blanco, sin mostrar emociones, cogió sus cosas y cruzó la puerta.

Cuando la chica se quedó sola, analizó su brazalete. Este no había advertido, mediante la lucecilla, que él o ello no era humano. Con sus manos escaneó el aparato. No le llevó mucho tiempo, el láser verde ya brillaba. Supo que el problema era un pequeño cable que se había movido. El fallo fue reparado. Ahora ya podía usarlo y diferenciar androides de hombres.

De pronto dudó de si estaba bien arreglado. «Seguro que sí, tengo noción de mecánica. En fin, esto no me debe volver a ocurrir. Creí que era la mejor cita de mi vida, pero resultó ser la peor. ¡Tuve sexo con una cosa, un artefacto! Incluso un muñeco hubiera sido mejor».

La puerta se abrió... El varón había regresado.

El brazalete no emitió iluminación alguna porque ella lo había apagado. Enseguida gritó:

—¡Ya te dije que te fueras! ¡No te puedes fijar en una chica como yo si eres un artefacto! Hay tipas que toleran eso, pero yo no. Tampoco puedes retornar si te piden que te marches.

—Me temo que sigues confundida, este es un laboratorio, no una habitación de hotel, yo soy el humano, tú la máquina. Revisa de nuevo el identificador, en unos minutos volveré a calibrarlo y tendremos nuestra cita habitual.

Carlos Enrique Saldivar (Lima, 1982). Finalista de los *Premios Andrómeda de Ficción Especulativa 2011*, en la categoría: relato. Finalista del *I Concurso de Microficciones*, organizado por el grupo Abducidores de Textos. Finalista del *Primer concurso de cuento de terror de la Sociedad Histórica Peruana Lovecraft*. Finalista del *XIV Certamen Internacional de Microcuento Fantástico miNatura 2016*. Finalista del *Concurso Guka 2017*. Publicó los libros de cuentos *Historias de ciencia ficción* (2008, 2018), *Horizontes de fantasía* (2010); y el relato *El otro engendro* (2012). Compiló las selecciones: *Nido de cuervos: cuentos peruanos de terror y suspenso* (2011), *Ciencia Ficción Peruana 2* (2016) y *Tenebra: muestra de cuentos peruanos de terror* (2017).



MUTACIÓN ORGÁNICA

Amanece. El vapor de la lluvia se levanta sobre las verdes hojas, las cubre.

Un enorme impacto sonoro retumba en mis pequeños oídos y causa los pasos de seres gigantes, que andan muy apresurados.

Busco alimentarme, como todas las mañanas.

Hace algunos días pasé por estos campos y no puedo distinguir más de cuatro colores de la misma forma de verdes. Busco la manera de escoger mis alimentos, comparo mi tono de piel con el de una planta para saber si se acomoda a mi organismo; pero esta vez tengo la idea de experimentar y descubrir sabores nuevos.

Quizá exista algo mejor que estas hojas amargas, esto parece arriesgar mi salud, solo por esta vez.

He andado mucho y mi instinto no ha descubierto algo para probar, algo que sea delicioso. Veo una planta extraña, es dura y rara, tan solo tiene una hoja, grande. Se parece al sombrero que tenía puesto el gigante que pasó por aquí hace un momento. Me subo en su hoja, es fuerte, llegar a la cima es dificultoso. Es realmente blanda, su sabor es una mezcla entre amargo y picante. No me gusta, es demasiado extraña, mi visión cambia; cada vez más borrosa y me estoy mareando ¡Voy a caerme!...

Estoy en el suelo.

No me reconozco. Los colores cambian, las verdes hojas parecen amarillas y veo; algo flora por encima de los árboles, es de color azul y blanco. Mi cuerpo es más grande, esta transformación me hace sentir dolor en el estómago, mis extremidades se han duplicado y mi cabeza está cada vez más grande, no puedo parpadear.

Me parezco a los gigantes preocupados, este día es demasiado fuerte. Si tan solo pudiera verme, siento que mi espíritu ha invadido

el cuerpo de un gigante, este cuerpo es muy grande para mí...

Trataré de moverme y seguir los caminos de los gigantes para ver dónde termina el viaje que emprenden.

Veo la forma en la que andan, es muy especial y me pregunto cómo es posible sostenerse con tan solo dos extremidades. Necesito cubrirme del frío, con un par de hojas será suficiente, como ellos.

No me han visto, no quiero asustarlos, es muy extraño porque habitan en piedras cuadradas y pintadas, unos sobre otros, amontonados.

Me duele la cabeza, esto es una pesadilla. ¿Cómo llegué a esta situación? Solo quiero regresar y descansar sobre mis hojas verdes; soy solo un pequeño gusanito verde que no busca más que alimentarse y experimentar. Tengo miedo, caminaré hacia adelante y quizás encuentre el camino para recuperar mi cuerpo y mi vida anterior. Volver a disfrutar de mis hojitas amargas y reencontrarme con mi familia, con mis amigos. De pronto ¡sorpresa! Aquí también hay hojas verdes, tendré que probar una e intentar regresar. Me gusta el sabor, es buena señal, seguiré comiendo esperando un cambio.

Me mareo de nuevo, las piedras cuadradas cambian de forma muy rápido ¡No aguento más! Cierro los ojos para intentar recuperar mi estado normal. Me centro en el trance, en lo que surge del cambio, veo seres ascender como humo en la oscuridad recuperando energías. Llevan más tiempo transcurriendo, quizás, quizás algo me prepara una enseñanza, quizá tenga que volver. Y mientras ocurría esto: "Vi un brillo en la oscuridad y abrí los ojos".

Nuevamente estoy viendo muchos colores que cambian de azul a amarillo, verde, ahora distingo con claridad, comprendo.

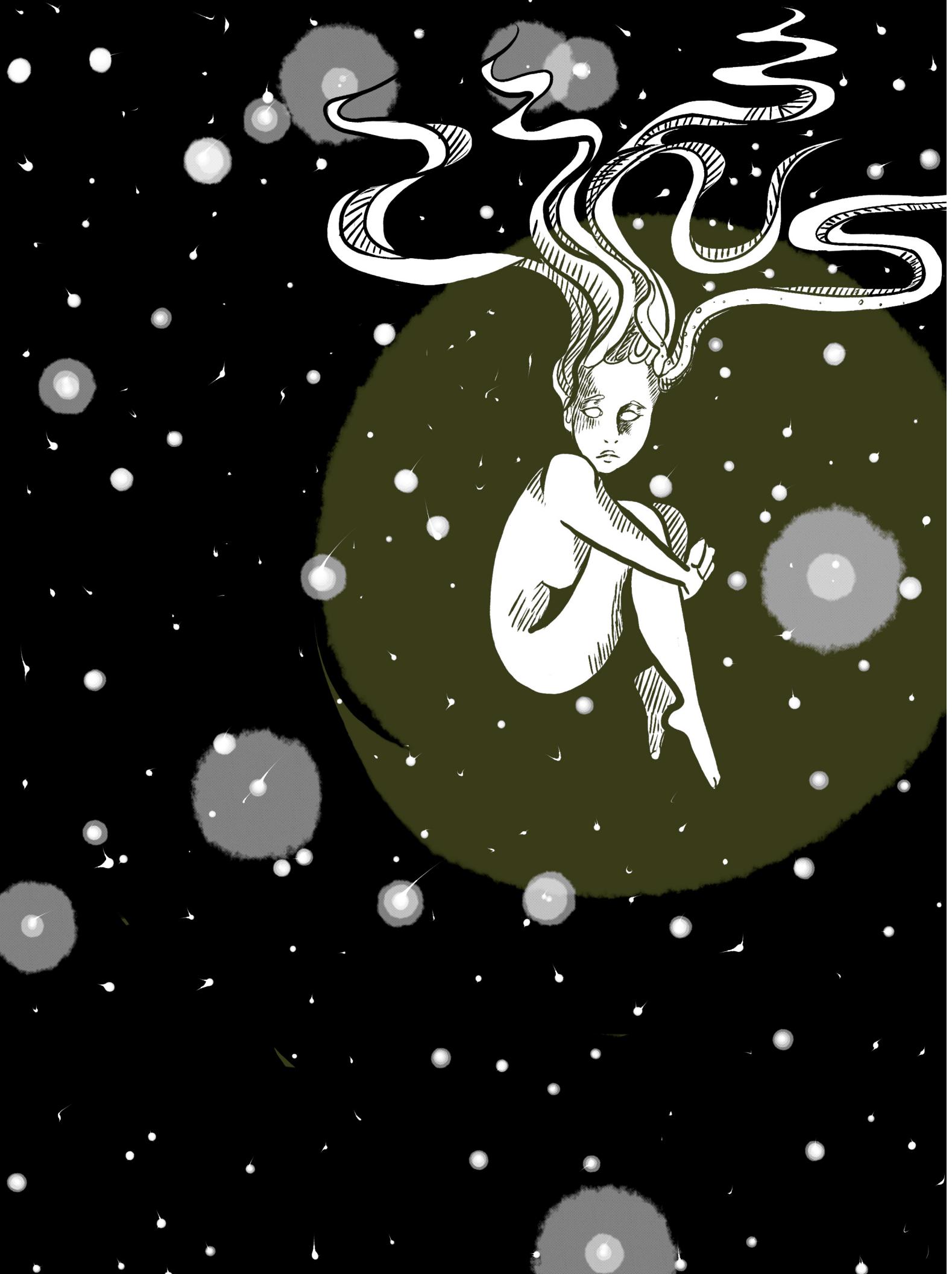
He recuperado mi cuerpo.

"Veo como el árbol que sigue bailando por el viento, entiendo"

Esta planta tiene el poder, tiene el efecto: te lleva, te provoca, tiene el poder de elevarte a esta mutación humana/orgánica, espiritual.

Miguel Leja

Ilustrador Maya Tzutujil, San Pablo Atitlan, Guatemaya. Publicó en 2020 el libro “Mutación Orgánica” con editorial POE, de donde proviene este relato.



POLVO DE NEBULOSA

Recuerdo el día que entraste al salón de clases, no muchos estaban interesados en el curso de astrofísica, éramos 10 contando al profesor. Ese día cuando hablamos de Carl Sagan; tomaste la palabra.

—Un día de septiembre en los años 70's cuando se lanzó la sonda Voyager, se buscaba estudiar Júpiter y Saturno, pero Sagan propuso re orientarla a la tierra y sacar una foto de nuestro propio planeta. Fue él, quien hizo darnos cuenta que solo somos una pálida mancha azul en el universo.

No pude evitar mirarte. Sabías de lo que hablabas; siempre lo hiciste. El día que tuvimos nuestra primera cita estaba nervioso, vivías sola, cerca de la Universidad. Yo aún vivía con mis padres.

—¿Cómo es posible que no sepas manejar? —dijiste.

Tomaste las llaves de tu coche y fuimos al auto cinema, cuántos recuerdos y risas hubo ese día, más de los que puedo recordar.

El jueves por la noche cuando me hablaste de aquel programa espacial al que te habían invitado; no me sorprendió para nada. Fuiste la mejor de la clase y probablemente de la carrera. Por primera vez estudiaron una estrella de cerca y necesitaban a alguien que tomara notas. Uno de tus sueños siempre fue ir al espacio y probablemente no tendrías una oportunidad igual en mucho tiempo.

El período de preparación fue lo más difícil, no estaba acostumbrado a estar separado de ti. Siempre fuiste muy independiente. Aún cuando nos mudamos no dejaste de serlo, dormíamos en camas separadas a menos que hiciéramos el amor. Pero nunca dejamos de ser un equipo para todo lo demás. Muchas noches en el balcón, observábamos el cielo hasta anochecer, platicando de cualquier tontería que vimos durante el día. El perro del vecino siempre nos acompañaba desde su terraza y tu insistías en darle pollo.

Aún cuando estabas lejos, nos llamábamos para contarnos nuestro día. A mí me habían ofrecido un pequeño puesto en el laboratorio de la Universidad, te contaba de los experimentos que se hacían o los chismes de los trabajadores. (Esos siempre estuvieron a la orden del día) La mayoría de veces te quedabas dormida. La preparación para ser astronauta no es cosa fácil, ni tampoco algo que se logre de un día para otro y menos para alguien con diez años menos de los que trabajaban en el instituto. Algo que para el país sonaba casi imposible si lo hubieran intentado hace algunos años.

En una de esas noches hablando sobre las estrellas me preguntaste.

—¿Sabes de dónde vienen las estrellas, cierto?

—Es una condensación de polvo, ¿no?

—Algo así... recuerdas la clase cuando hablamos de Carl Sagan. El punto azul pálido en el universo somos nosotros, todo aquello que ha existido y lo que conocemos en nuestra limitada historia y experiencia, somos eso, solo un elemento en el vasto universo. La tierra nació a partir del polvo de una explosión, elementos, materiales y partículas se juntaron para crear lo que conocemos. Sin embargo, no somos una estrella en sí misma.

—¿Cuál es el punto? —dije

Antes del planeta, solo había estrellas, las viejas explotan dejando espacio para crear nuevas, el espacio se recicla una y otra vez, forma nuevas generaciones de elementos, gases, moléculas. El tiempo mismo formó vida, a través de esas moléculas, las mismas que nacieron de la muerte de una estrella. Nosotros en sí mismo no somos una estrella, pero en una versión poética dicha por el propio Sagan, nacimos a partir de polvo de estrella.

—No te olvides de las nebulosas —respondí.

—¿Qué con ellas?

—Bueno, en sí mismas son remanentes de estrellas y sirven como nacimiento de nuevas, ellas también nacen a partir de un ciclo, como la brillante explosión de una supernova. La estrella de Kepler por ejemplo, fue la última observada en nuestra galaxia, era más brillante que cualquier estrella, casi como el sol. No ha habido otra supernova en nuestra galaxia y dejó un remanente de nebulosa en el inmenso espacio. Las estrellas no siempre tienen que dar vida, a veces simplemente brillan por inercia propia, el mismo sol explotará un día de estos y nos dejará otro recuerdo de algo tan inmenso que jamás entenderemos.

En ese momento, no pude evitar reír y decirte que tú eras como una nebulosa, brillando como ninguna otra.

—¿Sabes otra cosa acerca de las nebulosas? La mayoría de ellas no son visibles a los ojos humanos, su luz es tan grande que se dispersaría, supongo que tengo suerte entonces.

—¿En qué? —preguntaste

En poder observarte brillar con tu luz propia...

El día que te marchaste no pudimos hablar, todo fue tan rápido, prometiste comunicarte cuando estuvieras allá arriba.

Hubiera querido besarte, haberte visto a los ojos para decirte cuánto te amaba, aunque te lo decía todos los días, hubiera deseado hacerlo más. Cepillar tu cabello como tanto te gustaba que hiciera antes de dormir, hubiera querido abrazarte, abrazarte tan fuerte que explotáramos juntos como esas estrellas de las que hablamos aquella noche. Pero la realidad no fue así, no pudimos despedirnos.

Leo todas las noches en voz alta mirando al cielo, sé que me escuchas, aunque no estés conmigo; una fina capa de polvo desciende, polvo de nebulosa, pienso. Imagino entonces, que tú y yo estamos hechos del mismo polvo de estrella.

Hace unos años me mudé a un departamento más cerca del trabajo, no soporté los recuerdos. Incluso el perro del vecino murió un tiempo después que te fuiste, creo que también miraba el cielo en busca del pollo que le ofrecías.

No llevo el recuento de cuánto tiempo ha pasado, dejé de ser estudiante y me convertí en investigador y profesor, el instituto abrió todo un edificio a tu nombre, ahora trabajo haciendo una investigación similar a la tuya en uno de sus laboratorios.

Eras la más joven de ese viaje; la explicación oficial, fue un fallo en los motores de la nave, este implosionó al entrar a la termosfera y con ello se llevó toda la nave, decían las notas en todos los medios, que era una gran pérdida para la ciencia, A mí no me importó la ciencia, los conocimientos o el material, te había perdido a ti.

Hoy me tocó dar la clase sobre Carl Sagan en el instituto donde alguna vez nos conocimos.

Tal vez seamos una misma estrella, y solo nos perdimos con el tiempo para volver a reunirnos como una sola.

Escribí en el pizarrón a modo de cierre, esta frase también la escribí en el epígrafe donde se supone la gente puede visitarte.

Estas últimas semanas escuché el rumor que abrirán una nueva expedición al sitio donde estalló la nave en la que ibas. Han captado ondas de radio provenientes de esa zona esperando que sea algún tipo de mensaje. Como imaginarás no lo he pensado dos veces para apuntarme y tener una oportunidad de volver a tenerte cerca.

La tripulación duerme en estos momentos, me tomé la libertad de salir en una pequeña nave exploratoria, no necesité de mucho para ponerme en marcha, ahora vuelo alrededor de una enana blanca, voy a quemar una estrella solo para escucharte y tal vez poder decirte adiós. Mi pequeña radio resuena con los gritos enojados del capitán, no necesito distracciones, la rompí.

Hace mucho calor, una señal se empieza a repetir en el transmisor de la nave

—¿Hola? —escuchó decir

—Hola nebulosa... hace mucho calor aquí.

Gustavo Chávez Marcos (1994, CDMX)

Escribe cuentos y artículos dedicados al horror y la ciencia ficción. Actualmente se dedica a la difusión de la literatura en los géneros no miméticos por medio del podcast y la página de FB “Proyecto Apocalipsis”

COLABORACIÓN ESPECIAL



SU VOZ CONTIGO.

Esa tarde, Ana revisaba los emails acumulados durante el día, toda la mañana se la había pasado entre reuniones y no había podido revisar su correo. Al ver el asunto “URGENTE Su voz contigo” se sorprendió, pues hacía solo unas cuantas semanas había recibido otro mail acerca de la aplicación, pero lo había ignorado. Llevaba cuatro años con el servicio pago puntual y no había tenido ningún problema. Abrió el email y leyó:

Estimada Ana:

Por medio de la presente, le comunicamos que borrará de su equipo la aplicación “Su voz contigo”. Hace un mes notificamos a usted que el servicio sería cancelado y tenía solo 30 días de gracia para rescatar cualquier dato.

Esperamos que haya podido respaldar toda su información. El importe pagado por su último año de suscripción será reembolsado descontando los meses de uso.

Atentamente.

Duellum Software.

Tras leer el email Ana sintió un hueco en el estómago, un puñado de recuerdos le vinieron de pronto. Hace cinco años estaba devastada por la muerte de Armando, un derrame cerebral lo había matado. Derrumbando una gran parte de su plan de vida, dejando sin padre a su hija y provocando en ella una profunda depresión, que la había llevado a depender de una fuerte dosis de ansiolíticos y antidepresivos para ayudar a su cerebro a funcionar de manera correcta.

Pasó más de un año en tratamiento, le resultaba abrumador sobrellevar el dolor y la pérdida, cuando al mismo tiempo tenía que ser una madre funcional y salir a trabajar todos los días para sacar adelante a la pequeña Flavia. Afortunadamente Armando les

había heredado un lugar para vivir y eso ya era una preocupación menos.

Sin embargo, lo peor de todo eran las noches de insomnio, el hueco a lado de su cama, los buenos días con respuestas mudas, las palabras que hacían eco en su memoria al despertar cada mañana, y las charlas, sobre todo las charlas: eso era lo que más añoraba de Armando: su voz. Su vida conyugal fue muy plena; pero su verdadero placer radicaba en oírlo, la ausencia de su voz le partía el alma.

Todo comenzó la noche en que estaba buscando unos papeles para hacer unos trámites y encontró el viejo celular, que utilizaba antes de la muerte de su esposo, tenía años sin verlo. Pensó haberlo perdido, no recordaba con exactitud porque había dejado de usarlo. Sin más lo conectó para averiguar si seguía funcionando, un pequeño golpe en el pecho la inquietó, cuando la pantalla se iluminó y el logo de la marca del equipo apareció. Aún funcionaba.

Cuando tuvo suficiente batería buscó el chat que tenía con su esposo, no le importaban las fotos, ni las charlas con otras personas; buscaba presurosa los audios, aquellos mensajes de voz que él le enviaba a veces por las mañanas, cuando salía temprano de casa, o por las tardes cuando se le complicaba algo en la oficina y le mandaba un mensaje para decirle que ya iba de camino, y le preguntaba si quería algo de cenar, no sin antes preguntar cómo estaba su pequeña Flavia quien apenas tenía unos cuantos meses de nacida.

Aquel chat guardaba una parte de su vida juntos, contenía muchas de las charlas de antes de su vida de casados, contenía los primeros audios donde le leía cuentos o fragmentos de libros: algunos eran extraños; otros demasiado cursis; muchos de ellos bastante entrañables, a él le gustaba leerle y ella se había vuelto adicta a su tono de voz.

Esa noche se quedó dormida con lágrimas en los ojos mientras abrazaba el teléfono y escuchaba un cuento sobre dos enamorados

quienes habían hallado la forma de encontrarse en sueños. Recordó que en su momento le emocionó la idea de que podía existir una conexión tan mágica con alguien, al punto de poder encontrarse en un plano más allá del terrenal, pero hoy, le dolía saber que una de las dos partes ya no era capaz de soñar.

Los audios se habían convertido en su tesoro. Los escuchaba por la mañana y antes de irse a dormir, un día sin más, tomó la decisión de ponerle a Flavia uno de ellos. –Vas a escuchar a tu papá– le dijo mientras la pequeña la miraba sin parpadear, cuando le puso el audio vio su sonrisa, era una sonrisa diferente, como si supiera a quién pertenecía la voz. Desde entonces le ponía los audios, a cambio ella le regalaba esas sonrisas, que la hacían ser un poco más fuerte.

Descubrió la aplicación “*Su voz contigo*”, mientras buscaba una aplicación para respaldar las notas de voz, previendo que, si el viejo celular dejaba de funcionar no se perdiera su contenido. La información era clara: la aplicación ofrecía replicar la voz de cualquier persona, a partir de un patrón de voz, un algoritmo la reconocía y creaba un generador de audios con una voz idéntica, ella recordó las aplicaciones que servían para leer documentos, y supuso que su funcionamiento debería ser parecido.

Aunque al inicio dudo un poco, revisó los requisitos: un anticipo, tener al menos diez minutos de audio de la voz a reemplazar y esperar de quince a treinta días para evaluar la compatibilidad del audio. Cumplía todos los requisitos sin problema. Le emocionaba pensar que, si todo salía bien, aquello le permitiría oír de nuevo la voz de Armando con nuevas frases, no lo dudó y se puso en contacto con la compañía, envió algunos de los audios que tenía junto con el anticipo. Tras casi un mes de espera, llegó el email de confirmación: su generador de voz estaba listo.

La aplicación por default traía funciones como: “dar los buenos días”; “dar las buenas noches”; “desear dulces sueños”, traía también la opción de leer textos personalizados, con ella podía cargar cualquier texto para que la voz lo leyera, a partir de ahí

Ana cargaba cuentos para niños para que la voz se los leyera a la pequeña Flavia: Blancanieves, Los tres cochinitos, Caperucita roja, eran leídos por aquella voz tan idéntica a la voz de su amado.

Ana creó también algunos cuantos guiones para sentir que hablaba con Armando, en algunos de ellos decía:

—Si vieras lo grande que está la niña—empezó a decir; mientras, un nudo comenzó a formarse en su garganta—. ¡Hace poco le salió su primer diente! —sollozó—. ¡Le gusta cuando lees cuentos!

—He oído que se parece a mi madre—respondió la voz en un tono dulce y condescendiente.

—Es igual de bonita—se quebró la voz de Ana—. ¡Te extrañamos tanto!

Todas las noches antes de dormir la voz le daba las buenas noches y cuando se sentía muy sola le cargaba poemas de amor, cuando la invadía la tristeza le leía pensamientos de mujeres tristes para caer dormida vencida por el llanto. La soledad es cruel con quienes vuelven a ella después de haber amado tanto.

La mejoría de Ana fue abrumadora, consiguió un mejor trabajo, cada vez tomaba menos pastillas, y Flavia había conocido historias bellas de la mano de la voz de su padre, sin embargo, sabía que no tardaría en preguntar qué había pasado con él.

En una ocasión había aceptado tomar un café con un compañero de trabajo que le había estado insistiendo en salir, esa vez había dejado un guión programado, se levantó de la mesa argumentando que iba al baño y lo escuchó:

—Hola, amor ¿cómo vas? ¿A qué hora llegas? —preguntó la voz insidiosamente.

—Me salieron unos pendientes en la oficina, amor, pero en cuanto los termine voy para la casa—respondió Ana a nadie detrás del

teléfono.

Ana regresó a la mesa, después de oír el audio sintió una culpa enorme, terminó su café cortó la charla y no volvió a tener tratos con su compañero fuera de asuntos de trabajo. No fue la única ocasión en que usaría esos guiones.

Hace apenas un par de semanas, salió a bailar con sus amigas de la universidad, no tenía muchas ganas de salir, pero habían sido muy insistentes y tenía mucho tiempo sin verlas. Esa vez un tipo muy guapo se le acercó para invitarla a bailar, se dejó llevar por el vaivén de las canciones y comenzó entablar una charla más profunda con aquel hombre.

De pronto llegó una notificación de un mensaje de voz al celular:

—No llegues muy tarde, te extraño—el tono de la voz era diferente, sonaba angustiado. Ana no había dejado ningún mensaje programado esa vez.

Aquella tarde, después de leer el email cayó en cuenta que nadie, solo Flavia, sabía de la voz, entonces Ana tomó conciencia de todo, sabía que muy pocos la comprenderían, recordó ese primer año cuando trabajó en su duelo, pero le costaba mucho seguir adelante, por eso habían venido los ansiolíticos.

La voz se había vuelto parte de su vida, de su rutina: en lugar de tomar su pastilla azul bastaba solo con escuchar alguno de los audios y todo funcionaba bien, sabía que no había enfrentado la partida de Armando, solo estaba reteniéndolo, como los fantasmas que se quedan en este plano esperando resolver algún asunto pendiente, eso era la voz: un fantasma, un susurro, una suplantación macabra a la que abrazó para no sentirse sola.

Tomó su teléfono para buscar la aplicación: había sido borrada. Un hueco aún más grande comenzó a formarse en su estómago. Apenas hace una semana había escuchado un guión grabado en el que la voz le deseaba “Feliz aniversario”, pues si Armando

viviera hubieran cumplido años de novios.

No pensaba decirle a nadie, si se enteraban, muchos pensarían que estaba loca, que su conducta era la de una mujer enferma, posiblemente tendría que regresar a la terapia, podría venir otra crisis, quizás tomaría pastillas de nuevo. Todo eso pasó por su mente en un instante, después de leer el email se había dado cuenta: había llegado el final del placebo.

Rebuscó en el contenido del teléfono, todos los audios habían desaparecido, no había rastro de la aplicación incluso la carpeta donde se había instalado no estaba. Todo era muy raro.

Estaba nerviosa, sintió un hueco en el estómago, no quería volver a estar sola, quizás era hora de enfrentar lo inevitable, no pudo contenerse más y se soltó a llorar. Los días pasaban muy lento, trataba de enfrascarse en su trabajo para no extrañar, se llenaba de cosas que hacer para no dejar que el sentimiento la invadiera. Esa noche se fue a la cama después de haber acostado a Flavia, el cansancio la venció.

A media noche una llamada la despertó, adormilada contestó el teléfono y escuchó

—Explicar con palabras de este mundo, que partió de mí un barco llevándome,—el tono de la voz era diferente, más impersonal, Ana conocía aquel poema de Pizarnik, Armando se lo envió en una carta cuando cumplieron su primer año de novios. Se quedó helada, arrojó el celular al otro lado de la cama, cuando lo tomó de nuevo el mensaje ya no estaba.

No fue la primera vez que sucedió, a veces por las noches, a veces de día recibía esos audios, nunca quedaba rastro de ellos, solo podía oírlos una vez y después desaparecían. Aquello comenzó a ser incómodo, no era lo mismo escuchar la voz por gusto propio que comenzar a sentirse asediada, siempre usaba fragmentos de cartas, anécdotas de días a su lado, momentos dolorosos. Parecía que la voz raspaba en las paredes de sus recuerdos para aventarle

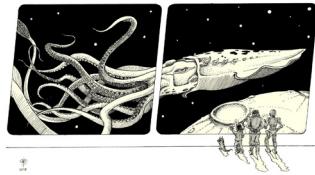
los pedazos a la cara. Ya no era reconfortante.

No podía pedir ayuda, contarle a alguien lo que sucedía solo le traería más problemas, ¿Si la aplicación ya no existía, como era posible que siguiera recibiendo audios? Todo aquello simplemente haría que pensaran que cada vez estaba peor.

El nuevo teléfono llegó más rápido de lo esperado, tomó la decisión de manera abrupta. Simplemente cambiaría de aparato y de número y paulatinamente iría avisándole a sus amigos y familiares. Era una forma de empezar de cero y de intentar dejar todo atrás. Fue a la tercera semana cuando recibió otra notificación

—Sigo aquí, instalado en la nada en que me dejaste, esperando que quieras escucharme de nuevo, buscando una forma de volver a estar cerca de ti, te extraño—. La voz se había convertido en su fantasma, su tormento privado y tal como lo recordaba en aquel cuento que Armando le leyera tantas veces sabía que: los seres atormentados esperan infinitamente.

Uggla Horrorwitz, pensador de lo inquietante, escritor y colaborador para la revista mexicana de horror y fantasía oscura Penumbria y el sitio mexicano de ciencia ficción, horror y fantasía Fiction Review. Ha publicado cuentos en distintas revistas digitales y colabora en el podcast Proyecto Apocalipsis. Escribe de autores raros de terror en traeum-suess.blogspot.com



EXOCEREBROS

3